molino con una letra en su idioma que dice: *rivento di forte.* El otro que carga y oprime los lomos de aquella poderosa hacamea, que traé las armas como nieve blancas, y el escudo es blanco, sin empresa alguna, es un caballero novel de procedencia francesa, llamado Cardonet, Señor de las baronías de *Bon Marché.*

El otro que bate los hijares con los herrados carcaños de aquella pintada y linda cabra, y que traé en la mano siniestra un breviario, es el poderoso Duque de Nervia, Antonifilardo del Bosque, y tiene por empresa en el escudo una letra que dice: *Rastrea mi suerte.*

. . . . . .

Y de esta manera fué nombrando los muchos caballeros del uno y otro bando, y á todos les dió sus armas, nombres, empresas y motes de improviso, llevado de la imaginación de su nunca vista locura, y sin parar prosiguió diciendo:

A este escuadrón frontero forma, y hacen gentes de diversos lugares: aquí están los que beben las claras aguas de la famosa maravilla, los montañeses que pisan los helados campos del soberbio Irazú, los que criban alimenticios fréjoles en el fértil Turrúcares, los que gozan las frescas riberas del claro Barranca, los que siembran en muchas diversas fincas el aromático café, los Pacaqueños habilísimos en fabricar petates, los de Santa Clara, en cacao y tabaco famosos, los ganaderos, los que siembran bananas que cada día pierden más; finalmente, cuantos toda Costa Rica en sí contiene y encierra.»

¡Poder de la imaginación, proverbio bendito: que «un loco hace mil!»

Estaba yo co[illegible] hablar ninguna; y de cuando en cuando volvía la cabeza á ver si veía los caballeros que don Juan me nombraba.

—¿No oís el relincho de los caballos, el tocar de los clarines, amigo Murrillón?

—No oigo otra cosa, le dijo,—que el balar del rebaño.

—El miedo que tienes te hace que ni veas ni oigas á derechas.

Murillo, como yo, tratamos de contenerlo, pues nos decía: dejadme solo, que solo basto á dar la victoria á la parte á quien yo diere mi ayuda.

Y diciendo esto embistió con unos tipos grandes á los inofensivos cebones. El dueño, que con el rebaño venía, robusto macetón de la Carpintera, dábale voces que no hiciera aquello, que sus animales no componían ninguna manifestación política, y que se estuviera quedo, sino diría con el cuento de marras: *palo sal del saco.*

Dichosamente venía el barbero de la empresa, maese Anselmo Carrasco, y ayudado por Murillo y por su servidor, conseguimos meterlo, si no en juicio, sí en la cama, hasta que habiéndose quedado dormido pude salir, recomendado á Troncoso le diera bromuro cada media hora, y diciendo para mi coleto: «La locura de don Juan no tiene remedio: ya tiene interesado el puente de barolio.

Su amigo affmo.

ROLDÁN.

REVOLUCION HIPICA.

El domingo 14 de julio corriente, centenario de la toma de la Bastilla y glorioso aniversario de la Revolución francesa, don José y don Juan, caballeros en sendos y fogosos alazanes, con elegantes botas federicas el primero, con traje de redactor el segundo, ambos guapos y sobre todo con aspecto marcial que era un contento, se solazaban por las macadamizadas calles de esta capital.

Este ecuestre paseo tenía tanto de manifestación, si no popular, sí expontánea, cuanto una especie de *recorderis* á los pacíficos y decididos partidarios de don Chepe.

El tema obligado en la conversación de los bizarros jinetes era la política, las libertades patrias: se creían solos, y desarrollaban, en la seguridad del silencio, todo un programa de gobierno. Pero no contaban con la huéspeda. Los frisones tenían orejas, y en su idioma caballezco y una sonrisilla ídem, se decían: «en cuanto podamos pondremos en práctica las libérrimas teorías de estos señores.» Y así sucedió.

En cuanto los caballeros entraron á tomar algo refrescante que humedeciera sus ya secas fauces, ¿qué se figura el lector que hicieron los caballos? *Good by,* y emprendieron una libre carrera por las mismas calles que antes recorrieran domeñados por la mano de los hábiles jinetes.

Los muchachos gritaban, la Policía trataba de contenerlos, el ruído que hacían muchachos, polizontes y caballos hizo salir á todo sér viviente á la puerta de las casas, y se cuenta de más de un tradicionalista que gritaba: «este es un plan convenido; los montaron en potros indómitos para salir de ellos; la Policía viene buscando á Manuel Antonio y á Florencio para hacer otro tanto con ellos.»

Pero como está explicado, no hubo tal cosa.

RELÁMPAGO.

MOLDURAZOS.

AVISAMOS á don Santiago Castro, de Esparta, que la colección de «El Artesano» que le enviamos vale un peso cincuenta centavos, que nos puede remitir por correo en sellos postales ó *moneda de papel*; como decía don Florencio Castro.—No incluimos el nº 7 porque no lo tenemos: nuestros amables Agentes *no han podido* devolvernos los que les puede haber sobrado.

EPIGRAMA.

Esclavo de mi deber,
Me verá usted, don Gaspar.
—Mejor lo quisiera ver
Esclavo de su pagar.

CARLOS MORENO LÓPEZ.
(Madrileño).

———

PROTESTAN. Indignados, horriblemente indignados, los ex-miembros de la Sociedad de Artesanos don Sotero Antillón, don Raimundo Castro y don Francisco S. Camacho, protestan del suelto de gacetilla *formonazos* que pusimos en el nº. anterior. Duélenos en el alma la estupenda sacudida que nos dan los protestantes, y más que todo duélenos en la *espalda de atrás* aquel decir tan lleno de improperios tal vez justos, legítimos y fraternales. Al fin y al cabo, cada cual sabe dónde le aprieta el zapato; pero hay remedio, y es: cambiar calcetines ó estirar el becero donde está más tirante.

Moraleja: «Inútil es hacer bien á los malvados, porque nunca se acuerdan de los beneficios recibidos».

Esopo.

BOCACCIO. El simpático semanario que con este nombre y bajo la dirección de nuestro amigo Echeverría se publicaba hace dos años en esta ciudad, resucitará en breve.

La nueva redacción la componen los Sres. don Ricardo Fernández G., don Aquileo J. Echeverría, don Samuel Uribe, don Manuel Argüello h., don Gustavo Ortega, don Emilio Pacheco, y don José María Gutiérrez, y el editor responsable será don Antonio Arguedas.

Adelantamos nuestro cordial saludo al chispeante Bocaccio.

———

SALUDAMOS respetuosamente al señor General Presidente de la República, don Bernardo Soto, que ha regresado al interior después de haber permanecido ausente por motivos de salud.

———

POR no disponer de suficiente espacio, no publicamos hoy dos artículos de colaboración que quedan levantados, la crónica de la Asamblea General del miércoles, «Los héroes del trabajo,» la «Cartilla Política,» el catálogo de las obras recibidas para la Biblioteca, y muchos otros trabajos que nos han llegado.—En el próximo número salen á luz, lo mismo que una picante composición político-literaria que haría estornudar al mismo San Caralampio.

———

SEÑOR don Nicolás Echeverría.—Atenas.—Recibimos su carta del 14 del corriente, y *aquello.*—¿Quiere Ud. aceptar la Agencia de «El Artesano» en esa importante población? Cuántos ejemplares podemos enviar?

———

DISPUESTOS, como siempre á servir de algún modo á nuestros favorecedoros, tenemos abierta una sección titulada: *Preguntas y respuestas*, en donde insertaremos las preguntas ó consultas que nos hagan nuestros abonados, sobre cualquier asunto de interés público, y las respuestas á ellas. Utilizar pues la franquicia y mandarnos consultas los que quieran.

———

ESTO sí que es bueno.

Entre otros de los libros que nos llegaron en la noche de la Asamblea General, miércoles, recibimos uno bajo cubierta, y que se titula: *Compendio del Manual de Urbanidad* por Manuel Antonio Carreño.—Buscamos el nombre del obsequiante, y leímos: «Obsequio á la Sociedad de Artesanos para su Biblioteca, recomendando su estudio al señor Presidente Marín J.—APODEMIO VARGAS.»

Pues hombre, gracias; llega muy á tiempo, porque en verdad nos hacía falta la lección. Bien dice el refrán que: de donde menos se piensa salta la liebre.

Esto sí que es bueno.

CORRESPONDENCIA MENUDA.

Sr. D. Jesús Velázquez.—Bagaces.—Su carta del 13 y la remesa de fondos, recibida el 16.

Sr. D. Manuel Soto Lara.—Palmares.—Recibí su atenta del 14, el valor de 4 suscriciones y la lista de abonados.—Se cumplirán sus deseos.

TIP. DE VICENTE LINES.

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.